

GUILLERMO
SACCOMANNO

CUENTOS REUNIDOS



Seix Barral

GUILLERMO
SACCOMANNO

CUENTOS REUNIDOS

Seix Barral

Aunque siguiera tronando

Era verano y por primera vez, después de años, lo habían dejado solo su mujer, su hija y su nieta. La casa le quedaba grande. Demasiado espacio, demasiadas piezas. Él se conformaba con poco: la cocina para hacerse unos mates, el patio donde sentarse a leer y el jardín donde el pasto y las plantas crecían desmesuradamente. No se sentía tan mal solo. Mientras todos temían por los riesgos de su soledad —la presión que podía subir, el corazón que podía fallar, sus reflejos que también—, él se sentía a gusto y le extraía a la situación varios beneficios pequeños sintetizados en una frase:

—Nadie me rompe las pelotas.

Además, lo divertía la perplejidad de los otros, entre quienes estaba su hijo. Últimamente, en esta semana, había venido a visitarlo más de lo habitual: por lo menos, calculaba, tres veces.

Transcurrían unos días irrespirables. Las noches se habían hecho sofocantes, pegajosas. Me dijeron: No lo dejes solo. Visítalo. El pobre nos da miedo, le puede pasar algo. Unos vecinos fueron avisados: un hombre, tarde por medio, caía a tocarle el timbre y a conversar —según él— de pelotudeces. Me tratan como a un pelotudo, decía él. Lo decía, sonriendo sobrador, mientras caminábamos hacia una pizzería.

—Va a llover —dijo alguno de los dos.

Las estrellas desaparecieron en el cielo sobre la autopista. Las copas de los árboles comenzaban a bandearse. Del lado del parque una brisa que se iba convirtiendo en viento arrastraba polvo. Estábamos sentados en una mesa a la calle. Una jarra de vino por la mitad. Los colectivos, a esa hora, pasaban más espaciados. Los sonidos de la avenida se ahogaban como voces rebotando en

un patio chico, buscando una salida. Me preguntó qué pensaba hacer de mi vida.

Sin darme cuenta al principio, empecé a hacer un resumen de mis últimos años como si hubiera encontrado a un amigo de otra época. Él me observaba pensativo, a veces intervenía, cortándome, para disentir. Otras, emitía una frase lenta, pronunciada con delicadeza, sin apuro deliberadamente, intentando en el otro una reflexión. Alentaba conversar con ese hombre pensativo que, mientras prendía un cigarrillo o llevaba el vaso a la boca, decía:

—Te escucho, seguí.

Hablamos de la democracia reciente, de las perspectivas del país. Hablé, digo. Después, seguramente porque la noche estaba refrescando y ahora el vino y el viento inspiraban, hablé del pasado. Después, abruptamente, del presente. Y después —quizás como nunca lo había hecho antes— del futuro: comentaba planes de amigos, proyectos personales. En algún momento de mi monólogo aludí al libro de un exiliado: testimonios de represión, hechos violentos que en los diarios —en su oportunidad— adquirieron una simple repercusión de anécdotas policiales. Le confesé que, paradójicamente, ahora que nos había sido deparada la constitucionalidad, mis ganas de viajar, de vivir unos años fuera del país, eran mayores. Dijo entenderlo. Un colectivo sacudió el adoquinado de la avenida. Parecían caer las primeras gotas de una llovizna.

—Tenés una hija —me dijo—. Pensalo.

—Lo sé —le contesté.

—Y tenés treinta y seis años.

—Es mejor que tener tu edad. ¿No te parece?

De golpe, me arrepentí. Me acordé de sus cóleras, de sus enconos. Creo haberlo escrito: cuando se enojaba, con frecuencia, amenazaba con embarcarse de fogonero en un barco de carga con destino a Hong-Kong. Por entonces, me acuerdo, usaba un bigote a lo Errol Flynn. Mi madre parecía creerle: lloraba, gritaba,

daba un portazo. Estas secuencias se condensaban en la sordina de la memoria, en una culpa imprevista durante esta noche caliente de enero, cada vez menos caliente, cada vez menos quieta, cada vez más frágil y liviana. El viento, con estruendo, derribó una silla. Hubo estrépito de vidrios rotos. La noche se ennegrecía. El agua salpicaba despacio nuestras caras. Llamé al mozo.

—No —dijo interrumpiéndome el gesto—. Esta noche pago yo.

Su contestación no pudo ser impostada. Como tampoco suelen ser exactos los detalles que registra la memoria: siempre hay otros detalles que no son los recordados, siempre escamoteados por el remordimiento o la cobardía. Mientras la tormenta se encubaba, antes de que nos dispusiéramos a dejar la mesa, hablamos de otras cosas. Hablamos, como suele decirse, de la vida. Hablamos de las mujeres. Dijo que mi madre y mi hermana se merecían esas vacaciones, que a la nieta le vendría bien esos días en el mar.

El motor de un colectivo solitario nos aturdió. No pude escucharlo con claridad. Se venía la tormenta.

—¿Cómo? —le pregunté.

—Es así nomás —sentenció.

—Vamos —propuse—. Se viene la tormenta.

—¿Y vos? ¿Cómo estás?

—Bien —le dije—. Un poco cansado a esta hora.

Su sonrisa dejó traslucir preocupación:

—Si vos lo decís —comentó.

Cada vez que nos encontramos no puedo esquivar la idea de que esta será la última oportunidad que tenemos para estar juntos, para decirnos lo que nunca nos dijimos. El viento flameó en el toldo de una tienda. Me propuse registrar este momento, registrar su campera clara, su pantalón vaquero y sus mocasines negros. Registrar su modo de torcer la cabeza a la derecha con una expresión que no es del todo una sonrisa, una expresión desprovista de la ironía y la cólera que le eran habituales. En este tiempito en que se

quedó solo supe que se confirmaba una complicidad callada, que esta complicidad no era más que el reverso de la pelea, la rivalidad, el duelo constante que no culminaría con la victoria del que saliera vivo del enfrentamiento sino con su fracaso.

—Si no pagamos —dije—, nos va a agarrar la tormenta.

—Esperá. Ahora, por fin, está corriendo un poco de fresco. No se podía respirar. Vos sabés el calor que hace en tu casa.

Aunque me fui hace años, la suya seguirá siendo mi casa. Me lo seguirá repitiendo como siempre, con orgullo.

—Ya sé —dije.

—Sí —dijo—, aquí se respira.

Se resistía a abandonar esa mesa en la calle. Se cruzó de piernas y encendió un cigarrillo. Hice nuevamente el gesto hacia el interior de la pizzería. El dueño estaba concentrado en cortar porciones, en seguir con la mirada los movimientos de cuatro pibes que bebían cerveza riendo a carcajadas, empujándose, haciendo tambalear las botellas vacías sobre su mesa.

—¿Tenés apuro?

—No. Simplemente no quiero que nos agarre la tormenta.

Un ayudante del pizzero vino hasta nosotros.

—Otra jarra y la cuenta —dije.

—No me sirvas mucho —dijo.

—Te estás cuidando.

—¿Qué puedo hacer?

—Disfrutar la soltería.

—La disfruto, no creas. Esta mañana me levanté, tomé unos mates, me puse a leer y después dormí un rato. Almorcé un tomate, un huevo duro, un poco de pan y un vaso de vino. Hice la siesta. Después regué las plantas. Y me senté a leer otro rato largo. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Soy feliz a mi manera.

Ahora sí el viento, fuerte, volcando una silla. Y el concierto de vidrios rotos. La noche oscura y el agua salpicándonos con gotas gordas, tibias, aisladas.

Me adelanté a su gesto, pagué a la apurada y caminamos hacia la esquina de Mozart. Me di cuenta de que tomaba la delantera, como alentándolo para que se apurara. La lluvia se había vuelto más espesa en la esquina. A los diez metros de doblar por Mozart el agua nos empapaba torrencial. Buscamos un refugio. Las lámparas de alumbrado se agitaban nerviosas agujereando una niebla celeste.

—No te apurés —dijo—. Igual estamos calados.

Bajamos a la calle con el agua por los tobillos. Se reía avanzando a la deriva. Temí que se cayera. Retrocedí y lo agarré de un brazo.

—Puedo solo —creo que me dijo—. Dejame.

Nos guarecimos bajo un balcón. El viento cambiaba de dirección y arremolinaba las ráfagas de lluvia más y más violentas. Con las manos en las solapas, nos preguntamos qué era peor, si permanecer bajo ese alero inútil o continuar hasta la casa, atravesando la borrasca que se transformaba, a cada segundo, en un telón más impenetrable. Algunos árboles se inclinaban quejosos. La calle se ensombreció. No muy lejos se desmoronó un poste arrastrando cables. En el fragor del derrumbe percibimos el enredo de las lámparas.

Las pocas que quedaron encendidas despedían un fulgor cada vez más intermitente. Tuve la impresión de que éramos espectros.

—¿Seguimos? —le grité.

—Dale —dijo.

Encorvados, alcanzamos la esquina de Avenida Bruix y la placita. Los sumideros, atosigados, gorgoteaban ominosos. La tormenta nos contraía, empujándonos uno contra otro, haciendo que nos abrazáramos grotescamente para no caer. Quise agarrarlo para que no perdiera el equilibrio. Él también hizo lo mismo conmigo y trastabillamos chapoteando en el río torrencioso que descendía desde una calle más alta. La vereda parecía una orilla inalcanzable. Sentí miedo. Sentí los huesos helados. Sentí que

temblaba. Mi padre era una marioneta contorneada por un relámpago. Después, repitiéndose, la noche negra, empequeñeciéndonos, reduciéndonos a nuestra condición de animalitos extraviados en el temporal. Lo escuché putear. Todas las puertas cerradas. Todas las casas muertas. Solamente el rugido del vendaval, enmudeciéndonos, convirtiendo nuestros pasos en bamboleos ridículos y desesperados. Me acordé de las precauciones de los médicos, de las prescripciones de mi madre. Hubiera deseado volver a ser el chico asustado por la tormenta, el desprotegido y no el cuidador de este hombre que, hacía tanto, me había explicado que esos ruidos tremendos no eran más que truenos, dos masas de agua que entraban en conflicto allá arriba. Se aferró a un árbol. Me arrojé sobre él. Ya habíamos cruzado la corriente. Pero todavía estábamos a más de la mitad del camino.

—Seguime —grité.

Y gritaba no solo para que me escuchara, para que mi voz se impusiera sobre la borrasca que la anegaba. Gritaba contra esas calles de un barrio que, como diría un tango, no solo me había visto crecer sino que ahora, bajo esta lluvia terrible, podía ser testigo de la disolución de mi padre. Reconocía las fachadas: la casa de una maestra particular, la de un almacenero, la de un repartidor de soda, la de un tornero. Todos los frentes permanecían escondidos en la negrura acuosa. Y ahí estábamos los dos, ese hombre de sesenta y un años y su hijo caminando a tientas, sacudidos por las olas que un cielo castigador arrojaba impiadosamente. Gritaba contra mí. Pero no podía escuchar. El aguacero ahogaba el esfuerzo de mi garganta.

El viento me impide acercarme a él. Salto hacia un costado y palmeo su hombro.

—Puedo solo —dice.

Por un instante creo que levito. Voy a volar, vuelo. Una hamaca va y viene. El follaje de los eucaliptus viene hacia mí asesándome inmensurable un sol tibio de invierno cuando tengo

nueve años. Vuelo en las hamacas del Parque Avellaneda, vuelo y vuelo hasta que los eucaliptus se alejan y, al mirar hacia abajo, las rodillas con cascaritas de la última caída, la puntera raída de las zapatillas de goma y el polvo arenoso y hacia atrás, hacia atrás. Y también esa opresión en la boca del estómago. Mareos y luego una larga enfermedad: la hepatitis. El aislamiento y los consejos del médico: El chico tiene que estar solo. Solo en el cuarto que comparto con la abuela. Solo con la colección Robin Hood y las historietas que me trae mi padre, esta sombra proyectándome su brazo en la lluvia, balbuceando agitado:

—Te sigo. Caminá. No me esperes.

Un estruendo nos paraliza. Otro trueno. Devoraba revistas y libros. Cuarenta días de cama, ha dicho el médico. Hay una sola forma de huir de la habitación de altas paredes y techo remoto: la lectura. Reposo, ha dicho el médico. Y ha recalcado: Reposo absoluto. Es riesgoso que mi hermana me visite. Me saluda a través de los vidrios empañados. Veo su nariz pegada a la puerta. Le hago una seña. Soy un prisionero de mi hígado.

—¿Qué están comiendo, mamá? —pregunto.

—Pizza.

Hace una hora, no más, mi padre rehusaba ir a la pizzería. Pero eso fue ayer: ahora es el diluvio. Ya no es la lluvia de gotas tibias: son agujas de hielo, punzantes. Nos penetran. Nuestros dientes castañetean.

Durante un momento eterno, congelados, permanecemos en el medio de la calle, sin reaccionar. Los brazos extendidos, buscándonos, payascos. Somos dos escorzos azulados y débiles sometidos a la presión del vendaval que nos hace tambalear. Si abrimos la boca para hablar tragamos agua fría. Me largaría a correr si él pudiera imitarme. Correríamos juntos como cuando era chico y él, adelante, pateaba una número cinco flamante. Los pibes aullaban entusiasmados cuando mi padre hacía picar la pelota. Y eso fue antes de mi hepatitis, antes de que la enfermedad

exacerbara mis sentidos. A fuerza de té con limón y comidas insípidas, de frazadas y aislamiento, me convierto poco a poco en un insecto acosado por los estímulos de un exterior siempre distante. Por las noches me quedo despierto hasta tarde. Mi abuela me pide que apague la luz. Espero a que se duerma para, cautelosamente, encenderla. Protejo el velador con un echarpe y continúo con mis lecturas. Lo sé: ya nunca volveré a correr con el impulso de antes, ya no me van a interesar los juegos. Me he elegido observador. Me he descubierto capaz de estudiar todo lo que ocurre a mi alrededor con una neutralidad que es, de alguna manera, una venganza. Sin embargo, antes que el hígado se rebelara en mi contra, con los pibes del barrio juntábamos leña y kerosene para las fogatas de San Pedro y San Pablo. Vestía una campera de franela gris. Mi madre me había llevado a comprarla en una sastretería de la avenida Directorio, a pocas cuadras de esta calle en la que mi padre y yo nos procuramos un abrigo contra las sacudidas de la lluvia, sacudidas de brutalidad reforzada, sacudidas como latigazos enviándonos al uno contra el otro, haciéndonos girar como trompos en la medida en que nos proponemos asistirnos.

Cuando me levantaba el cuello de aquella campera, frente al espejo, me creía un héroe de película. Contra esa campera cargo la leña para el gran fuego. Mientras voy y vengo con la leña, mientras contribuyo a acumularla en el terreno baldío de la esquina, una opresión en el pecho. Es un dolor tenaz que me encoge. No le concedo importancia. El gran fuego me convoca. Además, no puedo fallarle a la barra de amigos. Mis padres no miran con agrado la amistad que trabé con los pibes de la calle. El hijo de un librepensador, imagino, debe ser diferente. Y no practicar esos fuegos sacramentales, paganos, supersticiosos. Quizás hay otras razones: esos pibes son peronistas, hijos de familias peronistas. En casa, según los vecinos, somos contreras. Mi padre suele decir que él no está contra los trabajadores y sí contra la demagogia. El pueblo es inocente a pesar de los errores que comete, ha dicho.

Quiero participar de la fogata. Y no pensarme convertido en una especie de falso sahib en una India ortopédica. Quiero juntar leña. A pesar del dolor un poco más abajo del pecho, quiero juntar leña y celebrar la noche del fuego. En lo alto de la pila de leña, que debe medir como una montaña, se coloca una pareja de muñecos. Una mujer y un hombre. Dos zapallos son los pechos de la mujer y una zanahoria entre las piernas, el miembro de su compañero. Las risas iluminadas por el fuego cuando las llamas lamen la zanahoria, las risas encendidas de las mujeres codeadas por los hombres que las tocan. Esa noche llovizó. Pero el fuego fue tan portentoso que el agua no pudo con él como ahora puede, en cambio, jugar con nosotros que subimos trabajosamente el cordón de una vereda, apretándonos de nuevo contra un árbol mientras a nuestra espalda, a no más de cincuenta metros, cae un árbol como un plumero gigantesco, levantando borbotones espumosos del asfalto.

Me arrepiento de haber pedido esa jarra de vino en la pizzería. No debí encargarla cediéndole a mi sospecha de que este fuera el último encuentro con mi padre. Por esa sospecha, me digo, ahora sí será el último encuentro. Cegado por la lluvia, acorralado contra una pared me preocupo por las consecuencias de esta tormenta en su salud: ¿Qué pasará con su presión? ¿Qué, con sus arterias? ¿Qué, con su corazón? Lo advierto renguear sumergido bajo el aguacero, dando los pasos de costado, como un acróbata artístico. Ya hace mucho que me saqué los anteojos y los introduje en un bolsillo. Patéticamente, se me antoja que toda esta situación no es más que una visión de nuestras historias a través de un llanto apocalíptico. Grito y vuelvo a gritar. Indico un lugar, ahí cerca, donde la marejada que brama junto al cordón se angosta:

—Por aquí, papá —grito.

El diluvio silba y enronquece. Me resisto a creer que una tormenta de verano pueda ya no voltearme sino voltearlo. Un estúpido fenómeno meteorológico. Anunciado previamente, tal

vez, por la radio: «Desmejorando por la noche con probabilidad de chaparrones, etcétera». Quizás si me hubiera guiado por los pronósticos que la abuela hacía: si se nubla del lado del gallinero, tormenta segura. Miraba el cielo purpúreo aterrorizado. Las predicciones de la abuela eran infalibles. La noche ocurría en la tarde y sucedía el diluvio. Las cañerías se obstruían. Las rejillas del patio saltaban propulsadas por surtidores y la tierra del gallinero se licuaba flotando frente a la cocina. En una de esas tardes, probablemente, mi madre había dibujado retratos de artistas de cine en cuadernos que entreví en mi infancia. Sus dibujos son ingenuos. No hay en ellos mucho más que la fascinación por el ídolo. Por ejemplo, Leslie Howard. Por ejemplo, Walter Pidgeon. Por esos años, escuché decir, mi madre era parecida a Joan Crawford. Mi madre, a pesar de su miopía imperceptible, según mi padre, era más hermosa sin anteojos. Me muestran una foto de ambos, en San Clemente del Tuyú, la primera vez que mi padre vio el mar. Tu padre era un picaflor, me ha dicho la abuela. Mi madre, en cambio, no tuvo más que festejantes. Durante años fue empleada de una óptica, Lutz Ferrando. A través de una oración deshilvanada en una conversación, por ella o por mi padre, me entero que tuvo un admirador, casi novio. Un tal Wolf. Mi padre lo menciona como «ese alemán» igual que si dijera «ese nazi». Mi madre no le festeja la mención. Mi padre cambia el tono y señala que ella terminó optando por la calidez peninsular. Ella, sonrojada, le dice:

—Salí.

Me deslumbran, sin embargo, los dibujos de mi madre y su devoción por el cine. Esta devoción la comparte también mi padre. Y me la contagian. Me llevan a ver *La guerra gaucha* en el Gran Rivadavia. Atemorizados, me cubren los ojos. Puedo impresionarme, dicen. Después de esa película, jugaré a esa guerra en el jardín. Los soldados españoles golpean a Enrique Muiño, lo golpean y queda ciego. Hay un alboroto estruendoso de campa-

nas. Los culatazos no logran vencer fácilmente a ese viejo como los goterones no doblegan a mi padre que, ahora con decisión, alarga una pierna hacia la vereda, fallando, sin importarle hundirse en la correntada, puteando, disimulando su contrariedad, imponiéndome:

—Dale, apurate. No te quedés.

La voz le flaquea. No obstante, está recorrida por una fibra dura, crispada. Al mal tiempo, buena cara, podría decir. Admiro su entereza. No mucho tiempo atrás me prometía escribir sobre nuestras relaciones, revisaba un texto autobiográfico que diera cuenta de enfrentamientos y coincidencias, de fervores y amarguras recíprocas, de una controversia que no cesaba y que, al relatarla, me volvía alternativamente verdugo y víctima. Ahora, al escuchar su voz, apreciaba su fortaleza, ese vigor —quizás robustecido por la necedad que lo caracterizó en otros días— que era una demostración más de sus ganas de no darse por vencido frente al huracán y menos, frente al hijo que le llevaba unos metros de ventaja bajo la lluvia densa como una catarata. Enarcó las piernas y subió a la vereda. Volvió a entrar en un charco con una nueva puteada. A pesar de la tormenta, resistía. Como Gary Cooper en *A la hora señalada*. Me acordé de su locuacidad después de que vimos esa película, una de sus predilectas. Y me acordé cómo enfatizaba, varios años después de perdido un sindicato entregado a una banda de negociadores, su cruce con unos pistoleros en un bar del Abasto. Una ginebra en el mostrador, la mesa de billares, la 45 en la cintura, el nombre de un pesado pronunciado entre dientes hacia el gallego que atendía el local y después, teatral, la aparición del jefe de la banda precedido por dos gorilas y seguido por otros dos. El hombre se llamaba Johny Cane y tenía fama de duro. Mi padre, como lo contaban sus amigos, lo invitó una ginebra. Johny se sorprendió por su coraje. Lo habían contratado los amarillos para liquidarlo, dijo. Y también, aseveró, él no mataba a nadie que tuviera las pelotas de ir al frente solo como lo hacía

mi padre. Así Johny se puso a las órdenes de este hombre que lo invitaba una ginebra. Mi padre, me contaba, había empezado el diálogo diciendo:

—Me dijeron que vos me buscás, que te contrataron para liquidarme. Bueno, aquí estoy. Y solo. Pero te aviso que tengo una 45 en el cinturón.

Esos habían sido los tiempos después de la caída del peronismo. Oponiéndose ahora a la Revolución Libertadora, mi padre fue secuestrado en Rosario en un recorrido por los sindicatos del interior. Me había llevado con él. El viaje lo entusiasmaba, lo divertía. Hablaba de la igualdad de los trabajadores. Un mediodía, uno de sus compañeros me llevó a su rancho a orillas del Paraná. Durante tres días estuve en ese rancho. Cuando preguntaba por mi padre, me decían que estaba ocupado con las cuestiones del gremio. Después, un anochecer, bajó de un auto. Hubo abrazos, risas, se destapó vino. Supe que había estado preso y que casi lo fusilaron. Si se salvó de ese fusilamiento, me decía ahora, no podía morir bajo este aguacero. Busqué apoyo en una pared. Se puso a mi lado. Las caras chorreadas, lívidos en la oscuridad, murmurábamos:

—¿Cómo te sentís?

—Yo estoy bien —dijo—. ¿Y vos?

—Mojado.

—No digas —dijo.

Ni un alma alrededor. A lo mejor, ni las nuestras. No era improbable pensar que nuestros cuerpos se trasladaban solos, poseídos por un reflejo nervioso que rehusaba marcharse. Otro relámpago, infinito, nos devolvió nuestros perfiles incandescentes. Percibí que su pelo no era canoso bajo la lluvia. La oscuridad y el agua le habían devuelto su color. Su piel había recobrado lozanía y no era únicamente por la mojadura. Sus labios esbozaron una mueca feliz.

—Vamos, pibe. ¿O te sentís mal?

Arrancamos. No faltaba mucho para dejar Tandil y llegar a la esquina de White, donde habían establecido su campamento primero los gitanos y después se levantó una calesita. Los gitanos que habían comprado fierros sobrantes de la guerra y que, una mañana de otoño, esos metales con forma de bomba, martillados hasta el cansancio, salieron disparados por las zanjas de la calle de tierra como torpedos: eran, efectivamente, torpedos. Hubo gitanos pegando alaridos y gitanos ensangrentados. Hubo gitanas profetizando el fin del mundo. Y hubo, inevitablemente, la sociedad de fomento, integrada por las buenas conciencias de las fuerzas vivas del barrio, estigmatizando a los portadores del caos. El campamento se esfumó y fue potrero hasta que apareció la calesita que, para mí, era un eco en esas tardes de invierno que sobrevienen noche prematura. Hace frío, mucho frío y desde la esquina viene la música como desde el horizonte, desde una fiesta a la cual no seré invitado. La música y el oído se dejan enredar en las mentiras del viento y esa melodía que parece una milonga es «Busco a mi Titina». Mi padre, en su taller de sastre, en el fondo, sobre el caballete, canta: «La busco por Florida». Canta: «Y no la puedo hallar». La milonga, más bien, suena en los casamientos. Los chicos juegan bajo la galería o caen dormidos encima de los sobretodos desparramados en una gran cama matrimonial mientras los grandes beben y bailan. La danza de zapatos de punta cuadrada y zapatos de taco alto girando sobre los mosaicos, no estos mocasines de mi padre resoplando clop-clop en los charcos, no mis mocasines vacilantes resoplando clop-clop en los charcos; mocasines desahuciados trazando compases desorientados, perdidos, acosados bajo el agua, apretando la piel de los pies hecha media y hecha cuero frío encaramándose por la espina dorsal. Las damas peinadas con permanente. Los caballeros a la gomina y con bigotito. Sacos amplios, holgados, cruzados, de solapa ancha. Pantalones con botamanga. Y una mancha de sudor en una axila, a escasa distancia del tirador. Miro con envidia a mi padre

que baila con mi madre. Mi padre despliega con habilidad un movimiento: la sentadita.

—Milonguero viejo —le dice un pariente.

Pero papá no baila solo con mamá. Incansable, baila con todas, sonriendo, galán. La suya es una sonrisa de dientes immaculados, brillantes. Más tarde me enteraré de que su dentadura es postiza. Probablemente su humor también sea postizo: a una prima le festeja el pan dulce. Y al marido de la prima, levantando una copa, le dirá, halagador, que no hay pan dulce como el de su prima. Más tarde, mucho más tarde, en sus períodos de ensimismamiento, durante un movimiento de Brahms por la radio, apurando una costura que debe entregar mañana, reiterará que contra la soledad no hay remedio. Sin embargo, como esta es una noche de risas locas, abraza a mi madre preguntándole si se acuerda de cuando eran novios. Mencionan un club, donde solían bailar. Brisas del Plata. El nombre del club brilla en letras de neón blanco, iridiscente y nimbado de magia. Mesas de metal, botellas de cerveza, orquestas típicas. Mi madre corrige el nombre de una canción, lo acusa de olvidadizo, dice:

—Era Barry Moral; no Oscar Aleman.

—Te digo que era Alberto Castillo.

Era una noche en que lloraban los violines, decía el tango desde la afonía de la calesita en esa esquina que, ahora, es tan lejana como la construcción que se levanta en su lugar: una casa común en un barrio de clase media, una puerta con barrotes, dos ventanas, un frente de granitullo que imita las lentejuelas ahora bañadas por la lluvia implacable, rugiente, azotándonos. Nos hemos arrinconado en la esquina de enfrente, en un escalón de zaguán cerrado, hombro contra hombro. Casi no nos divisamos. Extraigo de un bolsillo un paquete de cigarrillos. Está empapado. Lo aprieto y lo arrojo contra el viento. Una boca de tormenta, ahí delante, lo devora. Emprendemos otra vez la vuelta. Es cierto: falta menos. Pero antes de doblar o antes de llegar a este escalón,

volviéndome, aterrado, con los sentidos de alambre, tanteando en el telón de agua helada, tan helada, con rabia por no poder lanzarme en carrera y con rabia por no poder arrancar a este hombre y a su hijo de la borrasca que cae con bronca sobre techos, árboles, baldosas, sobre quienes están librados a la intemperie, a la lejanía del fuego del hogar, de una Itaca de la cual nunca debieron partir, pero esa es la enseñanza que él, el progenitor, le regaló a su único hijo varón: partir, aun sabiendo que si el horizonte se componía de otros paisajes, el escenario de la desgracia sería siempre el mismo: esa calle, esa casa, ese patio; transportados en valijas y en portadocumentos, reencontrados, más que recuperados, en el borde de un pocillo de café, en la brasa de un cigarrillo, en el gusto de un vino en bares del continente nuevo o el viejo, agazapadas cicatrices mal cerradas atacarían siempre a traición cada vez que se quisiera olvidar y no, porque parte de la lección era entender que «la verdadera muerte es el olvido» y también que, en una de esas, quedarse era partir definitivamente, no ser apresado jamás y remontarse por encima del margen estrecho del sueldo, del adelanto del sueldo, el despido, los clasificados, el fantasma del hambre y además, el amor en cómodas cuotas mezquinas, el amor comprado con agachadas de cabeza de cordero que se desplaza, con resignación cagona hacia el matadero; y esa era la otra lección: quedarse, pero con la condición de que el anclaje no fuera a durar hasta que llegara la hora de la tapa de madera, el puñado de tierra encima y las últimas palabras expiatorias, malditas sean. Pero antes de llegar a este escalón, antes todavía de guarecernos bajo un nuevo balcón que nos exponía menos al aguacero, fue que grité. Temblaba delante suyo, tiraba los dedos abiertos hacia la corteza resbaladiza de un árbol, me daba vuelta, derrotado, gritando como un chico:

—Tengo frío, papito. Tengo frío.

Abrazado a mí mismo, lo esperé. Me empujó contra la pared y aferrándonos pudimos acercarnos otro poco a la esquina. Apreté

los ojos. Me mordí los labios. Y mis párpados volvieron a cerrarse hacia el pasado, los despertares de ojos pegados, la conjuntivitis. Mi madre y mi abuela descubren mi mirada con algodones empapados de té tibio. Me asusta despertar y no poder abrir los ojos: es peor que estar muerto, me digo. Mi madre me acompaña al colegio. Pulóveres y encima el guardapolvo blanco. La tela cruje de almidón. Mañanas de escarcha y galletitas en el bolsillo. Las madres en la puerta hasta que se iza la bandera en el mástil. Las madres, luego, a la salida, recibiéndonos en el mediodía que vaticina sopas, pucheros, lentejas, bifés, papas y huevos fritos. Hago los deberes. Calco sinuosamente una península, cada una de sus curvas, con una pinturita Faber azul. Mi madre me despierta con dulzura. Mi padre, por el contrario, con una agitación excesiva en la que es difícil discriminar la alegría del enojo. Tira de las frazadas, como despojándome de toda tibieza. Y ahí queda, junto a mis pies enzoquetados, el ladrillo que anoche la abuela calentó en un brasero. O el termo eléctrico. Por las noches invernales un viento siberiano araña el portland con las hojas muertas del parral. Ese susurro me inventa un intruso que se metió en la casa. Mi padre, de noche, está ausente. Tengo miedo. Alguna mañana mi padre reaparece para arrancarme las frazadas.

—Arriba —exclama.

Preparando el desayuno, mi madre musita:

—Hay que ir al colegio —mientras se huele el café con leche y se paladean por anticipado las tostadas con dulce de leche o con manteca y azúcar. El sabor de las tostadas crocantes.

El algodón tibio de té en los ojos.

—Cómo tiene los ojos este chico —¿dijiste mamá?

—Tengo frío, papito. Mucho frío.

Indignado con mi flojera, traté de recomponerme. No podía. Apenas pude preguntarle:

—¿Nos apuramos?

—Dale —dijo.

Cruzamos golpeados por el agua dura. Nos arrimamos a las paredes. Pasamos la casa del médico dental, la casa que fuera de Doña Lidia y Don Pepe, la casa de los italianos, la casa del quinielero, la de la gallega y nos detenemos, entumecidos, en la puerta de casa. «Vos sabés el calor que hace en tu casa». La vuelta al hogar. Mi padre encuentra las llaves y me las entrega. Me cuesta colocarlas. Hacerlas girar ya es más fácil. Sacudo con un envión del hombro la puerta de madera hinchada. Le cedo el paso y él entra primero.

—Dejá —digo—. Cierro yo.

Parece llover menos en el pasillo que atraviesa el jardín hacia las habitaciones que dan a la galería. Aquí también hay charcos, pero son más chicos. Hay plantas tiradas por el viento. Una rama del laurel me pega en la frente. Parpadeo. Cierro la puerta detrás mío y corro hacia la cocina.

—Traé toallas —casi le ruego a mi padre—. Voy a hacer café.

La cocina me resulta estrechísima. El frío de la tormenta aglutinó en su interior el olor de la pobreza y del deterioro. Entre sus paredes se huele una tristeza de tibiezas perdidas, de alegrías y dramas polvorientos recubiertos por una pátina de grasa. Una caja de fósforos. Abrir los mecheros del gas. Prender también el horno. Hay un jarro sin asa, impregnado de borra: contiene un resto de café. Le agregó agua y le vuelco varias cucharadas de café antes de colocarlo sobre el fuego. Después, me desnudo. Estoy contemplando la cocina frotándome los brazos. Ese es el aparador de siempre, donde se guardan tazas y cubiertos, tarros de contenido incierto y repasadores amarillentos. Sobre el aparador se han ido acumulando diarios y revistas viejas. Y sobre estos ejemplares arrugados, los libros que él lee últimamente. A un costado, junto a la ventana, la mesa de superficie acrílica, raspada: un cenicero superpoblado, una taza, un mate, un paquete de cigarrillos y la radio que hoy es un radiograbador. Me acordé de las largas noches de infancia, de su figura inclinada a la luz de una lámpara, aguar-

dando el último informativo mientras transcurría una sinfonía de Dvorak y él, como emergiendo después de un sopor tenebroso y excelso a un tiempo, gesticulaba:

—La sinfonía del Nuevo Mundo.

También, las sillas que arrancan chillidos al correrse. Sillas de asiento de plástico, medio desfondadas. Detrás de las sillas, está él, entre divertido y asustado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Cagado de frío estoy —le contesto.

Acerco mi cuerpo al calor de la vieja Arthur Martin. El fuego es anémico. No calienta mucho. Hay que colocar la piel sobre los mecheros para que la sangre se reanime, para que el calor vuelva paulatinamente al cuerpo. El jarro del café ronroneaba.

La voz, detrás, me anunció:

—Te tiro la toalla.

Era la misma voz que cantaba «cascabel, cascabelito», bajo la ducha fría en las mañanas de escarcha. Se jactaba de bañarse con agua fría. No le parecía una proeza ni un acto fuera de lo común. Era un rito olvidado, a su manera. Una práctica de moral espartana que me recomendaba al igual que la lectura de Plutarco. Después, tras pasar por el dormitorio y unos mates amargos, ágil y fragante, salía a la calle, rumbo al trabajo, silbando. A veces, con mi madre, lo acompañábamos hasta la puerta. Se diría que emergía de la noche dispuesto a enfrentar el día como un combate personal. Mi abuela, con admiración y ternura escondidas, decía:

—Tu padre está loco. Bañarse en agua fría en pleno invierno. Uno de estos días se va a pescar una pulmonía.

Pero antes que mi padre despertara, una hora antes, al alba, ella ya estaba levantada, lavándose la cara, el cuello, los brazos en la pileta del patio, también en agua fría.

—¿Cómo te sentís? —le pregunto.

—Con el café se nos va a pasar el chucho.

¿Quién iba a decir que esa noche concluiríamos ambos desnudos en la cocina, alternándonos en la proximidad de los mecheros del gas, puteando contra la tormenta, el uno angustiado por el otro, calentando café y revolviendo por toallas en roperos impregnados de naftalina y lavandas antiguas? Retorcí mi pantalón, mi saco, mi camisa y los tendí en el respaldo de una silla. Continuaba temblando. Me frotaba las manos, me friccionaba la cara, respiraba histérico por la nariz. De una alacena, bajé dos tazas. Serví el café, sin colarlo, hirviendo.

—¿No tenés algo fuerte para tomar? —pregunté.

Me contestó desde el baño:

—Coñac español. Pero lo guardó tu vieja.

Reaccionando, recapacitando bruscamente en mi desnudez, vergonzoso, me cubrí la pija y los huevos encogiéndome sobre el calor del horno. Me di vuelta, estaba solo. Dispuse las tazas sobre la mesa, escuché el rumor de la tormenta que menguaba. Coloqué mis mocasines a un costado de los mecheros.

Me até la toalla a la cintura. Las gotas se espaciaban. Un trueno se alargó carraspeando muy bajo, conteniéndose. Ahora descendía una lluvia más fina y susurrante. El cloqueo de un desagüe se sobreimprimió al rumor del viento también más suave.

Apareció en short y en sandalias, en la puerta, recortado contra la oscuridad de la tormenta apaciguándose:

—Qué noche —dijo.

Tomamos el café. Me estudiaba con una mirada de pibe, inocente. Cuando terminó su taza dijo:

—Servime más.

—¿Cómo te sentís? —volví a preguntarle.

—Bien —dijo.

—Estás colorado.

—¿Y qué querés después del tifón?

—Tengo frío —dije—. Estoy cagado de frío.

—No es para menos. ¿Con qué te vas a vestir? Mejor que te quedés. Va a seguir lloviendo.

—Me tengo que ir —dije.

—¿Qué te vas a poner?

—Debe haber algún vaquero viejo guardado por ahí. Y una remera. Me voy a recortar dos plantillas con diarios, para los zapatos.

—Sí, tiene que haber algo para que te pongas.

Fuimos hasta el galpón del fondo, donde yacen atesorados muebles, vajillas, escobas, libros y aparatos en desuso. Una característica de nuestra familia es amar los objetos del pasado como si éstos pudieran, algún día remoto, resucitar el tiempo perdido. Hacía años había dormido en ese galpón, durante la agonía de la abuela. De noche, si llovía, procuraba mantenerme despierto. La penumbra y las goteras tejían una atmósfera de encanto que era imposible transcribir en partitura: ese contrapunto entre sombras y perlas de luz taladrando la quietud, sabía, estaban construyendo una música íntima, particular, privada, que nadie me arrancaría jamás. Ahora, al entrar al galpón, volvía a escuchar la misma música, igualmente íntima, particular y privada pero, esta vez, esta noche, arañada por las uñas del óxido. La decadencia se había abatido sobre esas sensaciones del adolescente que se merodea a sí mismo. Tal vez no era la adolescencia la que se terminaba de una vez y para siempre sino una perentoria edad de la razón —tan perentoria como la adolescencia— que se inauguraba después del fragor de una tormenta demasiado dilatada. Encontré un vaquero desteñido. Me lo probé.

—Es mío —señaló.

—Pensé que era mío —dije—. Aunque me queda algo holgado.

—No —dijo—. Es mío.

Tenía razón.

—¿Tenés una remera?

Dejamos el galpón. Volvimos a la cocina. Me llené otra taza de café. Mi padre me extendió una remera azul. Olía a jabón barato.

Me la puse. Ahora mi ropa olía diferente. No con la fragancia de la cual él se enorgullecía cuando salía para el trabajo, una fragancia que le envidiaba de chico. Ahora el olor de su ropa —como el de toda la casa, todo lo que en ella cabía, con excepción de la vegetación del jardín, renovada cada primavera, extinguida cada otoño, yerta y esquelética cada invierno, resucitando hasta desbordar sus límites en el verano—, ese olor de la tela de algodón, de la tela del jean, era el olor de una transpiración anegada en desodorante y de un desodorante apenas disipado por un jabón de pocos pesos.

—De esta tormenta no te vas a olvidar —me dijo.

—No así nomás —le dije.

—31 de enero.

—Y sigue lloviendo un poco.

Terminé de cortar plantillas de diario, las coloqué en los mocasines.

—Mirá que llovió —dijo.

—Y va a seguir —dije.

Me probé los mocasines con las plantillas.

El cuero mojado me apretaba los dedos de los pies. Era una sensación extraña. La remera y el jean secos me habían espantado el temblor. Tomé otro poco de café. Una de las puertitas del aparador crujió.

—No —dijo él—. No sé dónde hay un coñac. Pero acá hay cigarrillos.

Fumamos mientras ensayaba caminar con las plantillas. Y con la ropa de mi padre. Hundí la mía en una bolsa de nylon y sorbiendo el poco café que quedaba en mi taza, ahora tibio, le dije:

—Gracias.

Después, apelando a formalismos que nos eran usuales, me acompañó hasta la puerta de calle, me aseguró que debía quedarme tranquilo, que se sentía bien —y en verdad se lo veía bien, robusto, rejuvenecido por la tormenta, la gimnasia cultivada hacía

mucho, los músculos firmes y sus gestos flexibles—, muy bien, que me apurara a tomar un taxi porque iba a seguir la tormenta, que iba a leer un rato y después se iba a dormir aunque siguiera tronando.